

pectadores tranquilos de los males que los agobian. Para acudir al remedio y acallar la voz pública, había el duque del Infantado, gefe de aquel ejército, imaginado un plan tras otro, notándose en el concebir de ellos mas bien loable deseo que atinada combinacion.

Por fin, decidióse ante todo dicho general á despejar la orilla izquierda del Tajo de unos 1500 caballos enemigos que corrian la tierra. Nombró para capitanear la empresa al mariscal de campo Don Francisco Javier Venegas, que mandaba la vanguardia compuesta de 4000 infantes y 800 caballos, y al brigadier Don Antonio Senra, con otra division de igual fuerza. Debía el primero posesionarse de Tarancon, y al mismo tiempo enseñorearse el segundo de Aranjuez, en cuyos dos puntos tenia el enemigo, ántes de que viniese el mariscal Victor, lo principal de sus destacamentos. Venegas no aprobó el plan, visto el mal estado de sus tropas; mas trató de cumplir con lo que se le ordenaba. Senra dejó de hacerlo pareciéndole imprudente ir hasta Aranjuez, teniendo franceses por su flanco en Villanueva del Cardete: disculpa que no admitió el general en gefe por haber ya contado con aquel dato en la disposicion del ataque.

Venegas por su parte situado en Uclés, determinó atacar en la noche del 24 al 25 de diciembre á los franceses de Tarancon. El número de éstos se reducía á 800 dragones. Distribuyó el general español su gente en dos columnas: una al mando de Don

Ataque de
Tarancon.

Pedro Agustin Giron debía amenazar por su frente al enemigo, otra capitaneada por el mismo general en persona y mas numerosa, había de interponerse en el camino que de Tarancon va á Santa Cruz de la Zarza, con objeto de cortar á los franceses la retirada, si querian huir del ataque de Giron, ó encerrarlos entré dos fuegos en caso de que resistiesen. La noche era cruda, sobreviniendo tras de nieve y ventiscas espesa niebla: lo cual retardó la marcha de Venegas, y fué causa del extravío de casi toda su caballería. Giron, aunque salió mas tarde, llegó sin tropiezo al punto que se le había señalado, ya por ser mejor y mas corto el camino, y ya por su cuidado y particular vigilancia.

Espantados los dragones franceses con la proximidad de este general, huian del lado de Santa Cruz, cuando se encontraron con algunas partidas de carabineros reales que iban á la cabeza de la tropa de Venegas, y los atacaron furiosamente, obligándolos á abrigarse de la infantería. Hubiera podido esta desconcertarse, cogiéndola desprevenida, si afortunadamente un batallón de guardias españolas, y otro de tiradores de España, puestos ya en columna, no hubiesen rechazado á los enemigos, desordenándolos completamente. Hizo gran falta la caballería, cuya principal fuerza, extraviada en el camino, no llegó hasta despues: y entónces su gefe, Don Rafael Zambrano, desistió de todo perseguiimiento por juzgarlo ya inútil y estar sus caballos muy cansados. La pér-

dida de los franceses entre muertos, heridos y prisioneros, fué de unos 100 hombres. Hubo despues contestaciones entre ciertos gefes, achacándose mutuamente la culpa de no haber salido con la empresa. Nos inclinamos á creer que la inexperiencia de algunos de ellos y lo bisoño de la tropa, fueron en este caso, como en otros muchos, la causa principal de haberse en parte malogrado la embestida, sirviendo solo á despertar la atencion de los franceses.

Recelosos estos de que engrosadas con el tiempo las tropas del ejército del centro y mejor disciplinadas, pudieran no solo repetir otras tentativas como la de Tarancon, mas tambien en un rebate apoderarse de Madrid, cuya guarnicion por atender á otros cuidados á veces se disminuia, pensaron seriamente en destruirlas y cortar el mal en su raiz. Para ello juntaron en Aranjuez y revistaron, segun hemos dicho, las fuerzas que mandaba en Toledo el mariscal Victor, las cuales ascendian á 14,000 infantes y 3000 caballos. Sospechando Venegas los intentos del enemigo, comunicó el 4 de enero sus temores al duque del Infantado, opinando que seria prudente, ó que todo el ejército se aproximase á su linea, ó que él con la vanguardia se replegase á Cuenca. No pensó el duque que urgiese adoptar semejante medida; y ya fuese enemistad contra Venegas, ó ya natural descuido, no contestó á su aviso, continuando en idear nuevos planes que tampoco tuvieron ejecucion.

Avanza el mariscal Victor.

Apurando las circunstancias y no recibiendo instruccion alguna del general en gefe, juntó Venegas un consejo de guerra, en el que unánimemente se acordó pasar á Uclés como posicion mas ventajosa, é incorporarse allí con Senra, en donde aguardarian ambos las órdenes del duque. Verificóse la retirada en la noche del 11 de enero, y unidos al amanecer del 12 los mencionados Venegas y Senra, contaron juntos unos 8 á 9000 infantes y 1500 caballos. Trató desde luego el primero de aprovecharse de las ventajas que le ofrecia la situacion de Uclés, villa sujeta á la órden de Santiago y para batallas de mal pronóstico por la que en sus campos se perdió contra los moros en el reinado de Alonso el VI. La derecha de la posicion era fuerte, consistiendo en varias alturas aisladas y divididas de otras por el riachuelo de Bedijar. En el centro está el convento llamado alcázar, y desde allí por la izquierda corre un gran cerro de escabrosa subida del lado del pueblo, pero que termina por el opuesto en pendiente mas suave y de fácil acceso. Venegas apostó en Tribaldos, pueblo cercano, algunas tropas al mando de Don Veremundo Ramirez de Arellano, que en la tarde y anochecer del 12 comenzaron ya á tirotarse con los franceses, replegándose á Uclés en la mañana siguiente, acometidas por sus superiores fuerzas.

Con aviso de que los enemigos se acercaban, el general Venegas, aunque amalado y con los primeros síntomas de una fiebre pútrida, se situó en el

Retrase Venegas á Uclés.

Batalla de Uclés.

patio del convento de donde divisaba la posición y el llano que se abre al pié de Uclés, yendo á Tribaldos. Distribuyó sus infantes en las alturas de derecha á izquierda, y puso abajo en la llanura la caballería. Solo habia un obus y tres cañones que se colocaron, uno en la izquierda, dos en el convento y otro en el llano con los ginetes.

El mariscal Victor habia salido de Aranjuez con el número de tropas indicado, y fué en busca de los españoles sin saber de fijo su paradero. Para descubrirle tiró el general Villatte con su division derecha á Uclés, y el mariscal Victor con la del general Ruffin la vuelta de alcázar. Fué Villatte quien primero se encontró con los españoles, obligándolos á retirarse de Tribaldos, desde donde avanzó al llano con dos cuerpos de caballería y dos cañones. Al ver aquel movimiento, creyó Venegas amagada su derecha, y por tanto atendió con particularidad á su defensa. Mas los franceses, á las diez de la mañana, tomando por el camino de Villarubio, se acercaron con fuerza considerable á las alturas de la izquierda, punto flaco de la posición, cubierto con menos gente y al que su caballería pudo subir al tróte. Venegas, queriendo entónces sostener la tropa allí apostada que comenzaba á ciar, envió gente de refresco y para capitanearla á Don Antonio Senra. Ya era tarde: los enemigos avanzando rápidamente arrollaron á los nuestros, é inútilmente desde el convento quiso Venegas detenerlos. Contuso él mismo y ahuyentado con todo su estado ma-

yor, dificultosamente pudo salvarse, cayendo á su lado muerto el bizarro oficial de artillería Don José Escalera. Deshecho nuestro costado izquierdo, empezó á desfilar el derecho; y la caballería, que en su mayor parte permanecia en el llano, trató de retirarse por una garganta que forman las alturas de aquel lado. Consiguieronlo felizmente los dragones de Castilla, Lusitania y Tejas, mas no así los regimientos de la Reina, Príncipe y Borbon, cuyo mando habia reasumido el marques de Albudeite. Estos, no pudiendo ya pasar impedidos por los fuegos de los franceses, que dueños del convento coronaban las cimas, volvieron grupa al llano y faldeando los cerros caminaron de priesa y perseguidos la via de Paredes. Desgraciadamente hácia el mismo lado, tropezando la infantería con la division de Ruffin, habia casi toda tenido que rendirse; de lo cual advertido: nuestros ginetes, en balde quisieron salvarse, atajados con el cauce de un molino y acribillados por el fuego de seis cañones enemigos que dirigia el general Senarmon. No hubo ya entónces sino confusion y destrozo, y sucedió con la caballería lo mismo que con los infantes: los mas de sus individuos perecieron ó fueron hechos prisioneros; contóse entre los primeros al marques de Albudeite. Tal fué el remate de la jornada de Uclés, una de las mas desastradas, y en la que, por decirlo así, se perdieron las tropas que ántes mandaban Venegas y Senra. Solo se salvaron dos ó tres cuerpos de caballería y tambien algunas otras reliquias

que libertó la serenidad y esfuerzo de Don Pedro Agustín Giron, uniéndose todos al duque del Infantado que ya se hallaba en Carrascosa.

Justos cargos hubieran podido pesar sobre los gefes que empeñaron semejante accion, ó fueron causa de que se malograra. El general Venegas y el del Infantado procuraron defenderse ante el público acusándose mutuamente. Pensamos que en la conducta de ambos hubo motivos bastantes de censura si ya no de responsabilidad. Aconsejaba la prudencia al primero retirarse mas allá de Uclés, é ir á unirse al cuerpo principal del ejército, no faltándole para ello ni oportunidad ni tiempo; y al segundo prescribíale su obligacion dar las debidas instrucciones y contestar á los oficios del otro, no sacrificando á piques y mezquinas pasiones el bien de la patria, el pundonor militar.

Excesos cometidos por los franceses en Uclés.

Ganado que hubieron la batalla, entraron los franceses en Uclés, y cometieron con los vecinos inauditas crueldades. Atormentaron á muchos para averiguar si habian ocultado alhajas; robaron las que pudieron descubrir, y aparejando con albardas y aguaderas á manera de acémilas á algunos conventuales y sugetos distinguidos del pueblo, cargaron en sus hombros muebles y efectos inútiles para quemarlos despues con grande algazara en los altos del alcázar. No contentos con tan duro é innoBLE entretenimiento, remataron tan extraña fiesta con un acto de la mas insigne barbarie. Fué, ¡cácese la pluma de la mano! que cogiendo á 69 ha-

bitantes de los principales, y á monjas, y á clérigos, y á los conventuales Parada, Canova y Mejia, emparentados con las mas ilustres familias de la Mancha, atraillados y escarneidos los degollaron con horrorosa inhumanidad, pereciéndo algunos en la carnicería pública. Sordos ya á la compasion los feroces soldados, desoyeron los ayes y clamores de mas de 300 mugeres, de las que acorraladas y de monton abusaron con exquisita violencia. Prosiguieron los mismos escándalos en el campamento, y solo el cansancio, no los gefes, puso término al horroroso desenfreno.

No cupo mejor suerte á los prisioneros españoles: los que de ellos rendidos á la fatiga se rezagaban, eran fusilados desapiadadamente. Así nos lo cuenta en su obra un testigo de vista, un oficial frances, Mr. de Rocca. ¿Qué extraño pues era que nuestros paisanos cometiesen en pago otros excesos, cuando tal permitian los oficiales del ejército de una nacion culta?

El duque del Infantado que aunque tarde se adelantaba á Uclés, supo en Carrascosa, legua y media distante, la derrota padecida. Juntado allí los dispersos y cortas reliquias, se retiró por Horcajada á la venta de Cabrejas, en donde se decidió en consejo militar pasar á Valencia con todas las tropas. Entró el ejército en Cuencá el 14 por la noche, y al dia siguiente continuó la marcha. Dirigióse la artillería por camino que pareció mas cómodo para volver despues á unirse en Almodóvar del Pinar;

Retirada del duque del Infantado.

pero atollada en parte y mal defendida por otros cuerpos que acudieron en su ayuda, fué en Tórtola cogida casi toda por los franceses. Prosiguió lo restante del ejército alejándose; y desistiendo Infante de ir á Valencia, metióse en el reino de Murcia y llegó á Chinchilla el 21 de enero. Desde aquel punto hizo nuevo movimiento, faldeando la Sierramorena, y al cabo se situó en Santa Cruz de Mudela. Allí, según costumbre, no cesó de idear sin gran resulta nuevos planes; hasta que en 17 de febrero fué relevado del mando por orden de la junta

Sucédele en el mando el conde de Cartaojal.

central, y puesto en su lugar el conde de Cartaojal, que mandaba también las tropas de la Carolina.

Entrada de José en Madrid.

Alcanzada por los franceses la victoria de Uclés, y después de obtener el permiso de Napoleón, hizo José en Madrid el 22 de enero su entrada pública y solemne. Del Pardo se encaminó por fuera de puertas á la plazuela de las Delicias, desde donde montando á caballo entró por la puerta de Atocha, y se dirigió á la iglesia colegiata de San Isidro, tomando la vuelta por el Prado, calle de Alcalá y Carretas hasta la de Toledo. Se había preparado este recibimiento con más esmero que el anterior de julio. Estaba tendida en toda la carrera la tropa francesa; habíanse por expresa orden colgado las calles y puéstose de trecho en trecho músicas que tocaban sonatas acomodadas al caso. José rodeado de gran séquito de franceses y de los españoles que le eran adictos, mostrábase satisfecho y placentero. No dejó de ser grande el concurso de espectadores:

Los obreros de la junta de Madrid.

las desgracias, amilanando los ánimos, los disponían á la conformidad; pero un silencio profundo, no interrumpido sino por alguna que otra voz asalariada, daba bastantemente á entender que las circunstancias impelían á la curiosidad, no afectuosa inclinación. Fué recibido en la iglesia de San Isidro por el obispo auxiliar y parte de su cabildo. Pronunciáronse discursos según el tiempo, díjose una misa, se cantó el Te Deum, y concluida la ceremonia, se dirigió José por la plaza Mayor y calle de la Almudena á palacio, en donde ocupándose de nuevo en el gobierno del reino, nos dará pronto ocasión de volver á hablar de él y de sus providencias.

Ahora es ya sazón de pensar en Cataluña. El no querer cortar el hilo de la narración en los sucesos más abultados y decisivos, nos ha obligado á postergar los de aquel principado, que si bien de grande interés y definitivamente de mucha importancia á la causa de la independencia, forman como un episodio embarazoso para el historiador, aunque gloriosísimo para aquella provincia.

Sucesos de Cataluña.

Dejamos en el libro 5.º la campaña de Cataluña, á tiempo que Duhesme en el último tercio del mes de agosto se había recogido á Barcelona de vuelta de su segunda y malograda expedición de Gerona. De nuestra parte por entonces y en 1.º de septiembre el marqués del Palacio y la junta del principado se habían de Tarragona trasladado á Villafranca con objeto de estar más cerca del teatro de la guerra. Empezaron á acudir á dicha villa los ter-

La junta del principado se trasladó á Villafranca.

cios de toda la provincia, reforzó la línea del Llobregat, á cuyo parage se habia restituido desde Gerona el conde de Caldagués.

Con el aumento de fuerzas temió el general Duhesme que estrechando los españoles cada vez mas á Barcelona, hubiese dificultad de introducir bastimentos en la plaza. Para alejar el peligro, y con intento de hacer una excursion en el Panadés, partió de aquella ciudad con 6000 hombres de caballería é infantería, y atacó á los españoles en su línea al amanecer del 2 de septiembre en los puntos de Molins de Rey y de San Boil. Por el último alcanzaron los franceses conocidas ventajas; fueron por el otro rechazados. Mas receloso el de Caldagués, en vista de un movimiento de los enemigos, de que abandonando estos la embestida del puente vadeasen el rio y le flanqueasen, previno oportunamente cualquiera tentativa situándose en las alturas de Molins de Rey.

Los franceses no pudiendo romper la línea española del Llobregat, revolvieron del lado opuesto por donde corre el Besós, en cuyo sitio se mantenía Don Francisco Milans. Ya aquí, y ya en todos los puntos alrededor de Barcelona hubo en septiembre y octubre muchas escaramuzas y aun choques, entre los que fué grave el acaecido en San Culgat del Vallés, principalmente por el respeto que infundió al enemigo, obligándole á no alejarse de los muros de Barcelona. Tambien contribuyeron á ello los reuerzos que llegaron á los españoles sucesivamente

Excursiones
de Duhesme.

abandonando
el rio

abandonando
el rio

de Portugal, Mallorca y otras partes, de algunos de los cuales ya hemos hecho mencion.

El gobierno interior de Cataluña se mejoraba cada dia por el esmero y cuidado de la junta. Habíase solo levantado grande enemistad contra el marques del Palacio, ó porque las calidades de general no correspondiesen en él á su patriotismo, ó mas bien porque en aquellos tiempos árdulos no siendo dado caminar en la ejecucion al son de la impaciencia pública, perdiase la confianza y el buen nombre con la misma rapidez, y á veces tan infundadamente como se habia adquirido. Los clamores de la opinion catalana obligaron á la junta central á llamar al marques del Palacio, poniendo en su lugar al capitan general de Mallorca Don Juan Miguel de Vives, quien tomó el mando el 28 de octubre.

Teniendo este á su disposicion fuerzas mas considerables, coordinó nuevamente su ejército, y segun lo resuelto por la central, le denominó de Cataluña ó de la derecha. Constaba en todo de 19,551 infantes, 780 caballos y 17 piezas, dividido en vanguardia, cuatro divisiones y una reserva. De estas fuerzas destinó Vives la vanguardia al mando de Don Mariano Alvarez á observar al enemigo en el Ampurdan, y las restantes las conservó consigo para bloquear á Barcelona, á donde se aproximó el 3 de noviembre, sentando su cuartel general en Martorell, cuatro leguas distante.

Los apuros en aquella plaza del general frances

Vives, sucesor
del marqués
del Palacio.

Ejército espa-
ñol de Catalu-
ña. Su fuerza.

Situacion de
Barcelona.

Duhesme crecian en extremo: el número de sus tropas, que ántes era de 10,000 hombres, menguaba con la desercion y las enfermedades. De nadie podia fiarse. El disgusto y descontento de los barceloneses tocaba á sus ojos en abierta rebelion. Los habitantes mas principales huian á causa de las contribuciones exorbitantes que habia impuesto; teniendo que acudir á confiscar los bienes para evitar la emigracion. Mas tarde, cuando apretó la escasez, si bien permitió la salida de Barcelona, permitióla con condiciones rigurosas, dando pasaportes á los que abonaban cuatro meses anticipados de contribucion, y aseguraban con fianza el pago de los demas plazos. Fué despues adelante en usar sin freno de medidas arbitrarias, declarando á Barcelona en estado de sitio. Opúsose á ello el conde de Ezpeleta, por lo que se le puso preso, quitárole la capitania general que solo en nombre habia conservado. Como mas antiguo le sucedió Don Galceran de Villalba, que en secreto se entendia con las autoridades patrióticas del principado. Los oficiales españoles que habia dentro de la plaza rehusaron despues reconocer el gobierno de Napoleon prefiriendo á todo ser prisioneros de guerra: lo mismo hicieron los que eran extrangeros, excepto Mr. Wrant d'Amelin, que en premio recibió el gobierno de Barcelona. Ejercióse la policia con particular severidad, prestándose á tan villano servicio un español llamado Don Ramon Casanova, sin que por eso se pudiese impedir que muchos y á las calladas

se escapasen. Tantas molestias y tropelias eran en sumo grado favorables á la causa de la independencia.

Contando sin duda con el influjo de aquellas y con secretos tratos, insistió el general Vives en estrechar á Barcelona, y aun proyectó varios ataques. Fué el mas notable el que se dió en 8 de noviembre, aunque no tuvo ni resulta ni se le consideró tampoco bien meditado. Sin embargo, la proximidad del ejército español puso en tal desasosiego á los franceses, que en la misma mañana del 8 desarmaron al segundo batallon de guardias walonas como adicto á los llamados insurgentes.

Desaprobaban los hombres entendidos la permanencia de Vives en las cercanías de Barcelona, y con razon juzgándola militarmente; pues para formalizar el sitio no se estaba preparado, y para rendir por bloqueo la plaza se requeria largo tiempo. Creian que hubiera sido mas conveniente dejar un cuerpo de observacion que con los somatenes contuviese al enemigo en sus excursiones, y adelantarse á la frontera con lo demas del ejército, impidiendo así la toma de Rosas y la facilidad que ella daba de proveer por mar á Barcelona. Vino en apoyo de tan juicioso dictámen lo que sucedió bien pronto con el refuerzo que entró en el principado al mismo tiempo que por el Bidasoa hacian los franceses su principal irrupcion.

Segun insinuamos al hablar de esta, fué destinado el 7.º cuerpo á domeñar la Cataluña. Debía for-

Tentativas de
Vives contra
aquella plaza.



Entrada de
Saint-Cyr en
Cataluña.

marse con las tropas que allí habia á las órdenes de los generales Duhesme y Reille y con otras procedentes de Italia, al mando de los generales Souham, Pino y Chavert. Todas estas fuerzas reunidas ascendian á 25,000 infantes y 2000 caballos, compuestas de muchas naciones y en parte de nueva leva. Capitaneábalas el general Gouvion Saint-Cyr. Entró este en Cataluña al principiár noviembre, estableciendo el 6 en Figueras su cuartel general. Fué su primer intento poner sitio á Rosas, y encargado de ello el general Reille, le comenzó el dia 7 del mencionado mes.

Pensó el general Saint-Cyr que convenia apoderarse de aquella plaza, porque abrigados los ingleses de su rada impedian por mar el abastecimiento de Barcelona, que no era hacadero del lado de tierra á causa de la insurreccion del pais. Hubo quien le motejase, sentando que en una guerra nacional como esta era de temer que con la tardanza pudieran los españoles por medio de secretos tratos sorprender á Barcelona apretada con la escasez de víveres. Napoleon juzgaba tan importante la posesion de esta plaza, que el solo encargo que hizo á Saint-Cyr á su despedida en Paris fué el de conservar á Barcelona; ^(1 Ap. n. 3.) „porque si se perudiese (decia) „serian necesarios 80,000 hombres para recobrarla.” Sin embargo aquel general prefirió comenzar por sitiar á Rosas.

Está situada dicha villa á las raices del Pirineo y á orillas del golfo de su nombre. Tenia de pobla-

cion 1200 almas. No cubria su recinto sino un atrincheramiento casi abandonado desde la guerra de la revolucion de Francia. Consistia su principal fortaleza en la ciudadela, colocada al extremo de la villa, y que aunque desmantelada quisose apresuradamente poner en estado de defensa, consiguiendo al cabo montar 36 piezas: su forma es la de un pentágono irregular con foso y camino cubierto, y sin otras obras á prueba que la iglesia, habiendo quedado inservibles desde la última guerra los cuarteles y almacenes. A la opuesta parte de la ciudadela y á 1100 toesas de la villa en un repecho de las alturas llamadas Puig-rom, termino por allí de los Pirineos, se levanta el fortin de la Trinidad en figura de estrella, de construccion ingeniosa pero dominado á corta distancia.

Con tan débiles reparos y en el estado de ruina de varias de sus obras, hubiérase en otra ocasion abandonado la defensa de la plaza: ahora sostúvose con firmeza. Era gobernador Don Pedro Odaly: constaba la guarnicion de 3000 hombres; se despidió la gente inútil, recompúsose algo el atrincheramiento destruido y se atajaron con zanjias las bocacalles. Favorecia á los sitiados un navío de línea ingles y dos bombarderas que estaban en la bahía.

La division del general Reille unida á la italiana de Pino se habia acercado á la plaza, componiendo juntas unos 7000 hombres. Además, el general Souham para cubrir las operaciones del sitio y observar á Alvarez que estaba con la vanguardia

Honrosa resistencia de los españoles.